

La lucha del estado llano contra la aristocracia, del gobierno representativo contra la monarquía antigua, y en fin, de la constitución contra el absolutismo, se convirtió después del año de 1830 en una lucha entre el mismo gobierno representativo y la república, y entre el estado llano y la democracia turbulenta, que repetidas veces se encontraron frente á frente á mano armada. Vencidos, por último, todos estos obstáculos por la firmeza sagaz del rey, no quedaba más que encontrar un punto de equilibrio entre la monarquía constitucional y las clases medias,

mente que su administración ministerial; la cual se fijó siempre en lo presente, sin dirigirse á los orígenes; por lo que dijo muy bien la duquesa de Berry, de quien hemos hablado con bastante detención en la nota anterior, cuando habiendo sido interrogada acerca de Mr. Guizot, contestó en estos términos: "Para ser entendido se ha creado un pequeño universo de admiradores; y el modesto teorista, ébrio con el placer de los homenajes que le tributan sus subalternos, se figura que cada uno debe colmarle de elogios." La filosofía que en Francia ha querido tomar también un aspecto altamente religioso y político, capitaneada por Mr. Cousin ha entronizado el panteísmo, enemigo mortal de las inteligencias; de suerte que influye directamente en fijar la vista también en lo presente, desahogándose en exclamaciones ridículas sobre lo pasado, y buscando el origen de la *Carta* en la batalla de Waterloo ó en los campos de Rusia. Los novelistas, suponiendo proclamar verdades nuevas y radicales, desentieran las viejas teorías de la ley agraria, de la república de Platon, de las doctrinas áridas de Mably, dorándolas con un oropel anárquico, entresacado de los delirios sansimonianos y socialistas, personificados en la señorita de Cardoville, en Agricol, en la Mayeux, y en otros personajes semejantes; y la inmoralidad en Leon Leoni, que rebosa de todos los vicios más repugnantes, que convierte la delicadeza de los afectos amorosos en el robo, en la ingratitud filial, en el abuso de la buena fe y en la prostitución de la inocencia. Villemain pasa revista á todas las literaturas europeas y juzga sobre todas; pero la filosofía del arte es tan diminuta y los juicios que no hacen referencia á las obras francesas ó á algún libro inglés, son tan ligeros cuanto falsos y aventurados; de suerte que el que cree entresacar de aquel buen número de volúmenes la marcha de la inteligencia humana, su influencia sobre el progreso y la expresión social que tiene cada literatura, después de haber leído á Mr. Villemain, se encuentra en un laberinto de ideas contradictorias que falsean el carácter de las naciones. Sin embargo, la Francia es el vehículo por cuyo medio se propagan en el orbe las ideas dominantes; su lengua es universal, clara, sencilla y lógica hasta la pedantería; por lo que los delirios de Francia han invadido la Europa, y sus reminiscencias mismas se aprenden de memoria, pocas veces con oportunidad, y muchas sin ella, en los poetas Casimiro Delavigne y Beranger.

[Nota del traductor].

todas deseosas igualmente de tranquilidad. Empezaba, pues, á renacer en aquel país la prosperidad agrícola é industrial más que en cualquiera otro tiempo, y la Francia se encontraba ya en estado de volver á tomar la fuerza de su libertad de acción, así en el interior como en el exterior; y los demás monarcas la perdonaban, á pesar de que había buscado con ahinco reconquistar la libertad, tan solo porque conocieron que Luis Felipe tenía gran preponderancia, considerado bajo el aspecto de un monarca muy á propósito para mantener la paz en las ocasiones de una próxima guerra, que en aquel decenio se habían presentado en un número mucho más crecido que en todo el trascurso del siglo pasado. Así es, pues, que las grandes potencias atendían á recomponer á su manera á las inferiores, y todo volvía á entrar en el círculo de la antigua diplomacia. En cuanto al interior de Francia, la facción legitimista se dió por perdida, desde que los hombres religiosos profesaron una libertad mucho más estensa de la que pueden tolerar las constituciones; y entre las libertades de entonces debe comprenderse la de las creencias y de la enseñanza. La *Carta* de 1830, aboliendo la religión del Estado, inauguraba el libre ejercicio de todos los cultos; pero el gobierno quiso tomar parte en este asunto, y para halagar á los liberales antiguos, renovó las prohibiciones contra algunas órdenes religiosas, y puso trabas al derecho sagrado que tiene cada uno de hacer educar á sus hijos como más se le antoje. He aquí las cuestiones más capitales, y tal vez las únicamente importantes que se agitaron por el trascurso de largo tiempo en las cámaras francesas, fijando la atención de los que conocen que la política tiene algo de mejor que la *Carta*, la frontera del Rhin, y aquellas deplorables terquedades de la oposición sistemática, que desasosiega al país por una indemnización otorgada á un predicador inglés, ofendido en las tierras oceánicas (1).

Fué otro pensamiento de la administración el dar arreglo á la conquista de Argel. Dudóse al principio si convenia conservarla á pesar de la oposición de Inglaterra, perdiendo en aquel estado de incertidumbre un tiempo precioso, bastante número de gente y las ventajas de la fuerte impresión que produce siempre entre los bárbaros la victoria. Habiéndose decidido mantenerla, se mostró en toda su desnudez la ineptitud suprema de los franceses en la organización de cualquiera establecimiento exterior. Tantos tesoros y tanta sangre prodigados, todos los experimentos intentados para colonizar, introducir la civilización y realizar utopías, no produjeron más efecto que el de trasladar un buen número de franceses á algunas ciudades africanas, sin sacar provecho ninguno de un país tan vasto y maravillosamente útil, y sin crear intereses nuevos ni ventajas, á no ser las de

[1] Indemnización Pritchard.

dar un desahogo al genio belicoso, ejercitando en evoluciones algunas tropas también en tiempo de paz, y de preparar una marina de lisonjeras apariencias [1]. Si aquella colonia no se restituyese como San Juan de Acre dando un testimonio de que revive el islamismo, al estallar una guerra los ingleses le pondrán inmediatamente las manos encima; así que los franceses en semejante ocasión no habrán logrado más objeto que el de abrir por este medio á la Gran-Bretaña otro camino para las Indias (2).

[1] La España á su vez no tenía más que fortalezas en las costas de Berbería, como son las que existen aún: Ceuta, Alhucemas, Peñón de Velez y Melilla.

[2] Lo que leemos en el texto acerca de la colonización de Argel es muy positivo, y habiendo nosotros permanecido algunos meses en aquella colonia, presenciámos cosas tan estrañas, que no queremos pasar por alto, para que puedan nuestros lectores formarse una idea cabal del tino que emplearon los franceses en organizar la conquistada regencia. En el año de 1843, época en que nosotros disfrutábamos del clima risueño de la Argelia, no había leyes ni escritas ni tradicionales; el gobernador hacía y deshacía á su talento; la esclavitud estaba abolida; pero las autoridades francesas permitían á los indígenas comprar y vender esclavos, y si éstos se escapaban de la casa de sus amos, los arrestaban y les entregaban á su discreción. La cuarta parte de la población se componía de mujeres honradísimas, que después de haber prodigado lo suyo en su patria, brindaban con ello á todos poniéndolo en almohada, y tanto más caro lo vendían cuanto más protegidas eran por la policía; en los hospitales los medicamentos estaban determinados, y no podían los médicos adictos al establecimiento ordenar otra cosa, aun cuando una necesidad urgente lo requiriese; de suerte, que muchos perecían no por la índole de su enfermedad, sino porque los estatutos gubernativos no habían creído necesario poner en catálogo el remedio de que necesitaba el enfermo. Había una Iglesia católica, otra protestante y un sin número de mezquitas; pero los franceses habían desprecupado á los turcos hasta el punto de que no eran ya ni mahometanos ni cristianos. Después de haber garantizado el gobierno en la conquista las propiedades, los altos empleados y también los infimos, se hicieron con casas, terrenos y otros objetos de bastante valor; todos los años en el mes de Setiembre se organizaba la expedición contra Ab-del-Kader; pero sus hazañas se reducían á traer á Argelia cuarenta ó cincuenta beduinos llenos de inmundicias y de insectos asquerosos, pregonando que aquellos miserables eran una de las *emeritas legiones* del gran gefe, mientras que eran un puñado de desgraciados que los franceses arrancaban de sus tiendas para llevarlos á Argel, y adornar el tren de sus artillerías con aquellos hombres semisalvajes. Sin embargo, no puede negarse que cada expedición costaba cantidades muy respetables y mucha sangre, porque una buena porción de franceses perecía en las escaramuzas parciales que

Esperimentaban con más especialidad aun la acción de Francia, las tres penínsulas meridionales (Italia, España, y la Morea); pero hablaremos más adelante del modo como se ha constituido la Grecia. Cuando la bandera tricolor, que se había desplegado por un instante sobre las murallas de Ancona se eclipsó [Diciembre de 1838], la Italia quedó á merced del protectorado primitivo de Austria. Hemos patentizado ya como ésta, al lograr la posesión del Lombardo-Veneto, había conseguido sus deseos viendo que aquella provincia se había dejado á su discreción sin ninguna especie de garantía; diremos ahora, pues, que el título de rey de Italia se identificó con aquel de emperador de Austria; el cual no teniendo más obligación sino la de trasladarse á la península á fin de ser coronado, poseía en vez el derecho de nombrar las personas que debían ocupar todos los empleos, el de imponer las contribuciones, y el administrar el tesoro del Estado, no dejando también de tener en sus manos la instrucción pública y la censura. Añádese á esto, que dependiendo todo de Viena, los decretos imperiales llegaban tarde, porque se procedía

trababan con las hordas beduinas, y algunos otros por los miasmas melfíticos que exhalaban los terrenos de aquellos desiertos. Todos los días en la Argelia se empezaban fábricas nuevas, se trazaban nuevos caminos, y finalmente, se había edificado un gran muelle muy cómodo y á propósito para el verano, ya que en el invierno no podía servir sino para facilitar el espectáculo de un gran naufragio, por la sencilla razón de que los buques quedaban espuestos á todos los vientos más recios y tempestuosos, que les hacían entrecochar entre sí destrozando los cables y rompiendo los mástiles.

Podríamos añadir á esta breve narración otros pormenores tan chistosos cuanto verdaderos; pero nos contentaremos con decir únicamente que el gobierno francés, mientras que se cuidaba muy poco de su nueva colonia, no dejaba nunca de enviar á Argel alguno que otro naturalista de nota para observar detenidamente los reinos vegetal, mineral y animal, y recoger los lagartos más raros y las culebras del desierto.

Pero considerando que lo que dice César Cantú en el texto con respecto á Inglaterra y Francia, es muy acertado, y que nuestra península tiene un interés en dilatar sus colonias de Africa, creemos que debe ser su principal cuidado aumentar su marina, para que en el caso de una guerra general se adelante á los ingleses en la ocupación de Argelia. Además, no debemos perder de vista que la España posee ricas colonias en Asia, y que le conviene facilitarse los medios de comunicación. En otra nota hemos hablado detenidamente sobre el particular, y ahora no queremos pasar por alto que la posesión de Argelia sería una especie de compensación para España atrozmente mutilada desde que perdió á Gibraltar. Ideas semejantes deben llamar la atención de un gobierno previsor.

[Nota del traductor.]

siempre lentamente, ó eran inoportunos porque los dictaba la ignorancia. El país estaba representado por una junta central; pero sus miembros nombrados por el gobierno y convocados por él mismo, no tenían mas que un voto consultivo: quedaba sin embargo en todo su vigor el admirable sistema municipal que traía origen de los antiguos ayuntamientos, el cual había sobrevivido á las ruinas revolucionarias, combinándose felizmente con el censo; así que tuvo bastante fuerza para mantener la vitalidad del país, y conservar la prosperidad pingüe de su suelo. La administración, aunque estaba reducida á una mera burocracia [sistema oficinista], marchaba regular y robustamente; la justicia en todos sus trámites conservaba toda aquella prontitud é incorruptibilidad necesarias, siempre que el gobierno no la tocara con sus manos culpables, y el código austriaco había reemplazado al francés. Poco faltaba, pues, para que el reino Lombardo-Veneto se contiguera en ejemplo de los demás estados de Italia por su administración bien dirigida, si sus señores, comprendiendo los intereses propios y los del país, hubiesen sabido conciliar los sufrimientos de una provincia con la dignidad de los condenados á tolerarlos, dejando desarrollar aquella vitalidad municipal, que dispensa á los monarcas de los actos tiránicos, y que llenando las arcas del fisco de los que dominan, proporciona á los sujetos la satisfacción de obrar en servicio de su patria. Pero el gobierno, dejando aparte su vicio radical, en vez de limitarse á administrar y averiguar los hechos mediante la estadística, parecía empeñado, sin pensar en dirigir el movimiento, en agravar las condiciones morales de sus súbditos italianos; y lejos de tener en consideración la nacionalidad prometida, en vez de descargar un golpe único como suele usarse despues de haber verificado una conquista, se concentraba todo en Viena con premeditada lentitud. Los magistrados superiores eran tudescos, ignorantes de la índole y de las costumbres italianas; la multitud parásita de los empleados no tenía mas oficio que el de protocolizar y aplicar las ordenanzas que llovían desde lo alto, y finalmente, estaba vedado examinar, esponer é implorar lo que mejor conviniere al país, imponiendo silencio sobre cualquier acto gubernativo. A consecuencia de la unidad del imperio, ambicionada por Francisco I, los italianos se veían obligados á dirigirse con las mismas leyes que los habitantes de Gallizia y los croatas, llegando el abuso de este sistema hasta el punto de prohibir en la península la publicidad de los juicios y de las defensas ya puestas en uso. Espedíanse tambien reglamentos sobre las aguas á Italia, no considerando que había sido el país en que se había inventado el riego artificial; y mientras que la península había tenido ya un ejército muy floreciente, ahora sus conscritos se incorporaban en regimientos tudescos bajo las órdenes de oficiales tudescos tambien; así que

procuraba eximirse del servicio cualquier individuo que tuviese aquel sentimiento propio de la dignidad nacional y medios de proporcionarse un sustituto. Poníanse cada dia mas grillos al sistema municipal, y la junta central, compuesta de personas adictas al gobierno, y dominadas por la idea halagüena del estipendio, no tenía voz bastante robusta para esponer las peticiones ni valor suficiente para exigir una respuesta terminante. El mismo santuario estaba reducido á servidumbre, mediante el antiguo sistema planteado por José II. En efecto, los párrocos debían prestar su juramento de fidelidad al soberano; el nombramiento de los obispos era atribución imperial; y no se les permitía comunicarse con Roma, ni tampoco dirigir su propia grey, sin prévia censura de un empleado subalterno.

Todas las cosas, pues, que podían merecer el título de excelentes, estaban corrompidas por la influencia de la policía, que todo lo manejaba á su arbitrio. Había una dependencia del virey, otra general, otra perteneciente á la municipalidad, otra gubernativa, y otra finalmente, propia de la presidencia del gobierno; las cuales todas se espían unas á otras. Los empleos, los honores, los puestos del Instituto, las cátedras, y hasta el ministerio eclesiástico los tenía todos la policía en su puño, ya que no podía lograrse nombramiento ninguno sin sus informaciones, que eran necesarias, secretas é irremediables. Ella daba los pasaportes despues de largos y empalagosos trámites; amargaba las dulzuras domésticas y civiles, sembrando la desconfianza y dando á creer que todos intentaban hacerse traición, á fin de que un alternativo temor impidiera el desarrollo de la fuerza de concordia; indagaba los secretos mas ocultos para propalarlos con objeto de infamar ó vituperar á los que odiaba, y siempre que no encontraba materia sobre el particular, inventaba; protegía á los hombres inferiores por sus cualidades á fin de que ofuscasen ó persiguiesen el mérito sólido y el carácter irreprochable de los buenos; violaba sin pudor el secreto de las cartas, y despues de haber tenido en prision por largo tiempo á los individuos, fundándose en meras sospechas, los ponía en libertad, sin revelar ni siquiera las razones que habían motivado su arresto. A los que volvían de un largo destierro ó de las prisiones inquisitoriales, luego que los veía nuevamente en el seno de la sociedad les hablaba en esta forma: "habeis sufrido bastante; ¿qué os importa de los asuntos públicos? Entregaos á las diversiones, que el gobierno no os lo prohíbe: sed ricos, regocijaos." Y á decir verdad, se procuraba por parte del gobierno borrar, mediante el alborozo y las diversiones públicas (1), la memo-

[1] La conducta observada por la policía austriaca no es un hecho nuevo en la historia, y los agentes de Dionisio, tirano de Siracusa, á quienes podríamos llamar *policia antigua*, fueron encar-

ria así de los padecimientos como de los hechos gloriosos; secundábanse estas tendencias que se comunicaban al cuerpo político para que desarrollara su vigor, convirtiéndolo en un resplandeciente barniz exterior en vez de reconcentrarlo para fortalecer su musculatura; y últimamente los agentes del gobierno, llamando la atención general sobre el vivir regalado de los habitantes, sobre sus lujos equipajes y sobre el estado floreciente de la agricultura, exclamaban á la faz de la Europa entera: "¡mirad cuán dichosa es la Lombardia nuestra sierva!"

Había tal vez algunos que, acosados por la necesidad ó por el vicio, pedían la intercesión gubernativa para hacer almoneda de su conciencia, y otros la barataban para proporcionarse una voluptuosidad criminal, para satisfacer su ambición ó para saciar su venganza; pero la policía logró el infernal intento de hacer creer que el espionaje era inmenso y muy vigilante; así que los patriotes engañados por ella, ó engañándose á sí mismos, repitieron una calumnia que dispensaba de hecho á la policía de muchos gastos; que contaminó el carácter moral de los ciudadanos y que tachando de gran vileza [1] á

gados por su señor de proporcionar todos los deleites mas vergonzosos al hijo de Dion para enervarle el espíritu: *Nam puero, priusque pubes asset, scorta adducebantur; vino epulisque obruebatur, neque ullum tempus sobrio relinquebantur* (a). Si los historiadores griegos y romanos han condenado á la infamia la memoria de Dionisio, que mandaba corromper la buena moral de un solo muchacho, ¿por qué los señores Stagni y del Pozzo aseguran, el uno directa y el otro indirectamente, que los italianos no pueden esperar su dicha, sino de los que seduciendo con el aliciente de todos los placeres, procuran consolidarse en el poder con menoscabo de la buena moral y debilitando la energía de un pueblo entero?

[Nota del traductor].

(1) Es la mas bella página de una historia sutil y aguda de los últimos treinta años la en que se describen las consecuencias de la obligación impuesta para denunciar á los culpados políticos y ejercer el espionaje; vamos á traducirla: "El pensamiento que triunfa despues de un largo trascurso de años bajo la influencia de semejante jurisprudencia [la obligación de denunciar y espionar], es el miedo. Entonces se teme cometer una vileza, aparentar haberla cometido, y esponerse á los sufrimientos por haberse retraído de ella. Entre tantos miedos gana el mayor, y de la proporción que media entre todos depende frecuentemente el honor ó la ignominia de una vida entera. El hombre prudente no descubre mas puerto de salvación que el de evitar el camino de donde no se puede salir sino con la infamia ó con una condena; pero el conseguirlo es la aplicación de una incesante tarea y de una vigilancia continua: ¿encuentra acaso á un individuo cuyas opiniones

(a) Cornelio, vida de Dion.

los italianos, habría bastado á eternizar sus cadenas, si no pesase sobre la cabeza de todas las policías el hado inmutable de que lejos de salvar á un gobierno deben por único resultado hacerle detestar.

Francisco I había dicho en Lubiana: "Quiero súbditos obedientes y no ciudadanos ilustrados;" no perdiendo, pues, de vista sus agentes tan *bello programa*, establecieron las escuelas con el intento de multiplicar las medianías y apagar toda superioridad de genio,

políticas no conoce á fondo?—Debe aparentar no conocerlo. ¿Preséntasele un amigo para pedirle un consejo?—Debe suplicarle que no insista, y se dirige á otra parte, ya que al amigo podía antojársele pedir un consejo para saber de qué modo debe responder á un emisario de los enemigos del gobierno. Si su hijo se muestra pensativo y abatido, se guardará muy bien de preguntarle la causa, porque su mal humor podría ser motivado de un descontento político. Al hombre prudente cada coloquio le causa tedio, porque todo puede convertirse en asuntos gubernativos. Estos sujetos no son raros y son los mas honrados entre los viles; pero si uno de ellos es arrestado ó interrogado por la policía, y echa de ver que sus muchas cautelas no bastaron, ¿no hay fundadas razones para temer que renuncie mas bien al honor que á su propia seguridad? ¿Si es esta la prudencia de las personas educadas en el espionaje austriaco, hay motivos para maravillarse de la general desconfianza? Con tal que un hombre de genio, amable, cortés y de buena sociedad frecuente las tertulias, eso basta para que se le regale con el nombre de espía. Personas celosas y serviciales se presentan en todas las casas, cuya entrada se franquea á los hombres finos, y cuchichean al oído las voces que circulan sobre el sugeto en cuestión;—¿con qué facilidad no se da crédito á cosas semejantes! el amo de la casa entonces, como si un gran relámpago le aclarara la atmósfera del pensamiento: "Es verdad, exclama, y ¿á qué asunto viene este hombre á mi casa? ¿por qué aparenta con vosotros tanta cortesía?—No tiene nada que ver conmigo. Cuando me acometió la desventura, cuando las sordas persecuciones de la policía me condenaban á la soledad, ¿por qué este hombre no se apartó de mi lado como los demás? ¿no temía, él pues, para sí mismo? ¡Lejos de nosotros este hombre peligroso! "Si otro se retira y se limita á vivir en un estrecho círculo, dicen que ha sido espía por mucho tiempo y que al fin, descubierto, procura ocultar su propia deshonra. Los italianos esquivan naturalmente al que se manifiesta amigo del Austria; pero el que critica al gobierno se hace sospechoso y se le considera como un agente provocador ó insidioso. Este es rico.... se habrá proporcionado sus comodidades mediante servicios prestados á la policía; aquel es pobre.... pero ¿tendrá bastante fuerza para resistir á las tentaciones que son un producto de la miseria? Ninguna en suma puede eximirse de sospechas semejantes: y no hay lombardo que pueda jactarse de no tener nada que temer.... y cuya persona no haya sido un objeto de desconfianza alguna que otra vez para sus íntimos amigos?"

limitando la instrucción popular á lo que basta para trocar los instintos insubordinados en una obediencia pasiva. A los estudios clásicos no se daba aquel desarrollo que puede ponerlos en armonía con las circunstancias especiales de las varias clases de la sociedad; fomentábase una educación disipada con oropel literario, multiplicábase el número de los jóvenes superficiales, que afectaban, sin embargo, un aire dogmático; y con la vanidad tan propia de las pequeñeces, con el cosquilleo de las palabras, y con la manía de hacer pasar su nombre de boca en boca, se formaban periodistas y no literatos, empleados y no pensadores [1]. Los libros de texto se enviaban de Viena y algunas veces se hacia lo mismo con respecto á los profesores, que se elegían todos por oposición; así que se es-

[1] Nosotros, que estamos muy lejos, así de la exaltación como del servilismo, diremos que los tudescos en Italia no fueron objeto de odio antes de la restauración, y que hastiados los habitantes de aquella península del despotismo napoleónico, se habrían sometido de buen talante al Austria, si ésta hubiese cumplido las promesas que les había prodigado en los últimos años del dominio francés, para atraerles á su partido. Pero, cuando se vieron escarnecidos y tratados como un tropel de esclavos, cuando se vieron negada toda especie de representación nacional, cuando se vieron obligados á mandar á sus hijos y á sus hermanos á pelear en países extranjeros, cuando vieron los estragos del año de 1820, se ensañaron contra el Austria. A decir verdad, el gobierno del virey imperial antes de las últimas revoluciones era paternal, y la administración de justicia escrupulosamente ejecutada; pero el aire de superioridad que afectaban los soldados, la insolencia de los empleados tudescos, la excesiva severidad contra los sospechosos de liberalismo, eran poderosos motivos para que se atendiese á odiar cada día mas á los dominadores. En efecto, los vates italianos mas preclaros y de conciencia pura, hicieron resonar por doquiera los lamentos de sus compatriotas, y pintaron con viveza de color, hermoseando sus versos con imágenes ya robustas, ya patéticas y lastimeras, el estado de opresión en que mantenían la península los soldados tudescos. Entre éstos merecen ocupar un puesto preferente Gabriel Rossetti y Juan Berchet, de cuya pluma han salido los versos que vamos á insertar á continuación. El vate supone que una linda señorita italiana, idolatrada por sus compatriotas, se ha convertido en objeto de odio y de aborrecimiento general por haberse casado con un oficial tudesco. La poesía en cuestión, con otras varias del mismo autor, se han impreso repetidas veces en Inglaterra, en Francia, en Italia y hasta en Malta, con tanta aceptación, que hoy se han hecho populares, porque á su mérito eminentemente nacional, reúnen aquella facilidad y armonía, que son dotes de la verdadera inspiración de un poeta que empapa su pluma en los sentimientos mas exquisitos de patriotismo escelente.—La traducción castellana de los versos en cuestión, es obra del señor don José Atanasio Matute.

cluía á los mejores para sustituirlos con pseudo-literatos ó charlatanes, los cuales no te-

IL RIMORSO.

Ella è sola dinanzi le genti
sola, in mezzo dell'ampio convito,
nè alle dolci compagne ridenti
osa intender lo sguardo avvilito:
vede ferver tripudj e carole,
ma nessun l'invita a danzar;
ode intorno cortesi parole,
ma ver lei neppur una volar.

Quando l'onte che il dì l'han ferita
la perseguon, fantasmi, all'oscuro;
quando vagan su l'alma smarrita
le memorie, e il terror del futuro;
quando sbalza da i sogni e pon mente,
come udisse il suo nato vagir,
egli è allor che alla voglia inclemente
costei fida il secreto martir:

"Triste mè! qual vendetta di Dio
"mi cerchiò di caligine il senno,
"quando per la mia patria in oblio
"le straniere lusinghe mi fenno?
"io, la vergin ne'gandj cercata,
"festeggiata—fra l'Itale un dí,
"¿or chi sono? l'apostata esosa
"che vogliosa—al suo popol menti.

"Ho disdetto i comuni dolori;
"ho negato i fratelli, gli oppressi;
"ho sorriso ai suprebi oppressori;
"a seder mi son posta con essi.
"Vile! un manto d'infamia hai tessuto
"l'hai voluto,—sul dosso ti sta;
"né per gemere, o vil, che farai,
"nessun mai—dal tuo dosso il torrá.

"Oh! il dileggio di ch'io son pasciuta
"quei che il versan, non san dove scende
"inacerban l'umil ravveduta
"che per odio a lor odio non rende
"stolta il merto, ché il pié non rattengo,
"stolta! e vengo—e rivelo fra lor
"questa fronte che d'erger m'è tolto,
"questo volto—dannato al rossor.

"Vilipeso, da tutti rejetto,
"come fosse il figliuol del peccato,
"questo caro, senz'onta concetto
"é un'estraneo sul suol dov'è nato,
"or si salta nel grembo matorne
"dallos cherno—che intender non sa;
"ma la madre che il cresce all'insulto
"forse, adulto—á insultar sorgerà.

"Ese avvien che si destin gli schiavi
"a tastar dove stringa il lor laccio;
"se rinace nel cor degl'ignavi
"la coscienza d'un nerbo nel braccio;

nian mas superioridad que la de ocupar sus cátedras; mientras que por otra parte se per-

"di che popol dirommi. ¿A che fati
"gli esecrati—miei giorni unirò?
"¿Per chi al cielo drizzar le preghira?
"qual bandiera—vincente vorró.

"Cittadina, sorella, consorte,
"madre—ovunque io mi volga ad un fine,
"furo del retto sentiero distorte
"stampo l'orme fra i vepri e le spine
"¡vile! un manto d'infamia hai tessuto:
"l'hai voluto,—sul dosso ti sta;
"né per gemere, o vil, che farai,
"nessun mai—dal tuo dosso il torrá."

EL REMORDIMIENTO.

Sola en medio de dulce convite,
con la turba risueña mezclada,
ni se atreve á fijar la mirada
del alegre banquete en redor.
De sus bellas amigas ve el gozo;
con su amada danzar ve al amante;
mas ninguno la invita galante,
ni le dice palabras de amor.

De la noche en las sombras recuerda
los desprecios que sufre de día,
y asustada en su inmensa agonía
ve fantasmas terribles surgir.
El terror de la vida futura
estravia su fervida mente;
cree que escucha á su hijo inocente
y en son triste comienza á gemir.

"Por qué el cielo ¡infeliz! me condena
"¿á arrostrar la divina venganza?
"¿por qué, ciega y perdida, me lanza
"de orgullosos tiranos en pos?
"Yo doncella de goces cercada;
"yo del italo suelo la gloria,
"de mi patria olvidé la memoria,
"ambiciosa de amores, ¡ay Dios!

"Renegué de los pobres opresos;
"no he sentido de Italia el desdoro,
"ni mezclé con su lloro mi lloro;
"al soberbio opresor sonrei.
"Este manto de infamia que llevo
"en los hombros, yo misma he tejido;
"en vileza sumirme he querido,
"y mi suerte cruel merecí.

"¡Oh! el desprecio á que todos me arrojan
"de mi propia al desprecio no iguala:
"el baldon con que el mundo señala
"es pequeño á mi propio baldon.
"Ni yo pago los odios con odio:
"para siempre, ¡ay de mí! envilecida;
"sé que debe arrastrarse mi vida
"de ignominia en un justo padron.

seguía con el terror de los calabozos ó por medio de la prensa periódica [1] á los ingenios mas aventajados, procurando de esta

"Este niño á quien todos rechazan,
"este niño sin mancha nacido,
"condenado del mundo al olvido,
"extranjero en su patria será.
"En el seno materno no siente
"el escarnio á que está destinado;
"¿mas quién sabe si el niño insultado
"á su madre, ya hombre, ajará?

"Si despierta el esclavo algun dia
"á romper sus cadenas dispuesto;
"si las armas empuña y va presto
"por el pueblo á morir ó vencer;
"¿Cuál mi patria? ¿por cuál de las huestes
"mis plegarias á Dios dirigiendo,
"rogaré en el combate tremendo?
"¿qué victoria veré con placer?

"Ciudadana, hermana, consorte,
"madre, siempre sufriendo en el mundo,
"cada vez sentiré mas profundo
"el escarnio que va tras de mí.
"Este manto de infamia que llevo
"en los hombros, yo misma he tejido:
"en vileza sumirme he querido,
"y mi suerte cruel merecí.

[1] Se han encontrado en tiempos posteriores los documentos que atestiguan los encargos dados para denigrar la fama de éste ó del otro en los periódicos extranjeros, cuyo voto se provocaba para dar mayor fuerza á los ataques sistemáticos de la *Gaceta* y de la *Biblioteca italiana*; y hasta los bosquejos de algunos artículos enviados á la *Allgemeine Zeitung*, con adiciones escritas por los afiliados á la policía. Si queremos dar crédito á Gioberti, se había prohibido tambien á la *Gaceta* piamentesa "prodigar elogios á los varones celebrados por la opinion pública." Ges. med. V. 22.

A lo que acaba de referir nuestro autor, añadiremos dos particularidades muy importantes: 1.º Un docto italiano, en varias épocas, consignó en algunos opúsculos de oportunidad estas palabras, dirigiéndose á sus cohermanos: "Los periódicos de todos colores, no exceptuando muchos de los literarios son casas de prostitución del pensamiento humano"—y añadía en paréntesis "¡ay de los gobiernos que necesiten su apoyo! ¡ay de los pobrecillos que creen poder cobrar fama y subir al templo de la gloria por ese medio tan deshonesto!" 2.º En la época á que alude nuestro autor, el gobierno austriaco había prohibido á sus súbditos italianos que estaban en el extranjero, publicar cualquiera especie de obras sin su previo permiso. Además, la censura de la mayor parte de los libros destinados á la prensa, se ejercía en Viena con una severidad inquisitorial sin ejemplo. Y si un individuo había sido culpado por opiniones políticas, aunque absuelto y declarado inocente, se le prohibía indirectamente la publicación de cualquier libro, ó se le perseguía despues de haberlo impreso.

manera convertirlos en objeto de desprecio para que no infundieran temor con sus luces. Semejante hostilidad contra las fuerzas mas vigorosas, adocinadas y morales, basta por sí sola para infamar á un gobierno. Sin embargo, es de notar, que á pesar de que los tudescos tenían á su disposición terrores, lisonjas, empleos, honores y condecoraciones, no pudieron encontrar nunca á un encomiador ó apologista de mérito; por lo que se vieron obligados á comprar los elogios de tales, cuya mucha ignorancia se toleraba tan solo por la vileza con que la prostituían. Los venideros no dejarán de tomar en consideración estos procederes incontinentes de los ingenios lombardos. . . . y sin embargo, éstos servían de juguete á una exageración fácil y petulante, por la sencilla razón de que "decir á los pueblos sed discretos y avisados," parece una connivencia, cuando al mismo tiempo no se pueden dirigir á los reyes estas palabras "sed justos [1]" y por lo tanto, colo-

(1) La condición de los escritores moderados en los países que yacen bajo el yugo de la opresión, ha sido pintada con mucho acierto por César Balbo. *Segunda dedicación de las esperanzas*. En los países en donde lo que está oculto se exagera en aquel secreto repugnante, que se convierte en necesidad conaturalizándose, surgen por do quiera aquellas ligas defensivas, y ofensivas, (que se las llame como se quiera), las cuales tienen por su dote principal un carácter exclusivo, y se arrojan finalmente, con ardor contra cualquiera que pretenda hablar clara y públicamente; surgen aquellas disculpas siempre necias, aun cuando están hechas por el partido victorioso, mas necias aún cuando son la obra de partidos que pelean todavía entre sí; y necias en sumo grado cuando no se ha instaurado ni siquiera un abierto combate. En estos países un alma poseída de una noble indignación, rechazando toda especie de secretos, es rechazada á su vez por casi todos, y no tan solo le sucede verse como en otras partes poco acompañada, sino que se queda casi solitaria; no tiene medios para defenderse, porque bien sea que triunfe el uno ó el otro de los partidos extremos, no bastarán las obras para hacer resaltar su carácter abierto, por la sencilla razón de que éstas le son vedadas asimismo que las palabras, que no pueden tener nunca publicidad en semejante ocasión: si escribe tiene en contra suya dos censuras en vez de una, á saber, la pública que ejerce la parte preponderante, y la secreta que pertenece á la parte reprimida. La que aparenta que quiere conservarlo todo, respetando también á los extraños, y la que parece que desea mudar todo sin perdonar ni siquiera á los instrumentos que sirven para escluir á los mismos extraños, con ánimo de conservarse pura según su propia conciencia, declara impura por todos lados, á esta alma que permanece casi *ex-lege* fuera de las *Castas Omnipotentes*, sin esperanza de vencer, viniendo, la guerra que atrevidamente le han declarado los partidos, sin esperanza de obtener un acto de justicia por los venideros mas próximos.

cados en tan crítica situación quedaban expuestos á la insolencia presurosa y á la elegante fatuidad; las cuales encubren su egoísmo abyecto con generosos ditirambos, y acometen con todo el despecho propio de los que viven regaladamente, y se arrojan contra los pensadores, echando mano de su hueca vanidad para abrumar al hombre de mérito y poner trabas á las voluntades firmes. Estos personajes enervados achacan á todos el mismo defecto de que adolecen; si no se les da oído se esfuerzan para que los demás corran igual suerte, y para dar mayor realce á su atrevimiento infaman á aquellos que se cuidan menos de las calumnias porque reconocen su propia superioridad. El hábito desgraciado de censurar y quitar todo el mérito á cada acto de los ciudadanos probos, no tan solo abrumaba de amarguras á los hombres mas benéficos, sino que arrebató al pueblo aquella confianza que se debe alimentar hácia los personajes que ocupan el mejor lugar; la cual les habría convertido en potencias tutelares siempre que se hubiesen visto sostenidos por el brazo de su patria; mientras que viéndose rechazados, escarnecidos por su misma superioridad, y obligados á no poder mirar frente á frente á sus enemigos, advertían que sus propios conciudadanos, después de haber quitado al enemigo comunita toda especie de vericundia en perseguirlos, privaban también á ellos mismos, si no del valor, á lo menos de aquella eficacia tan necesaria para la resistencia. ¡Hay, pues, motivo para asombrarse si algunos caían en aquel marasmo que hace perder al genio toda su autoridad, aunque lo deje en posesión de alguna parte de su esplendor! ¡Hay de qué asombrarse de lo dicho, si la calumnia arrastraba á la exageración á aquellos buenos que no saben resignarse á la injusticia de sus hermanos, y que concluían por acudir á las armas del sarcasmo y del furor, aunque habían nacido llenos de afectos amorosos y dotados de aquella armonía propia á conciliarlo todo?

Al silencio, que se imponían á sí mismos los hombres de gran mérito, reemplazaba la chusma que traficaba en alabanzas codiciosas, en anuncios y mancomunidades de pensamientos, combinándolo todo con un trueque de insulsos elogios y de ultrajes villanos, como suele acontecer siempre cuando no hay un número de amigos organizados y de adversarios respetuosos. Los periódicos, con su hueca retumbancia, segunda plaga de nuestra literatura, arrojados para lamer los pies á las medianías é idolatrar á las fuerzas negativas, vigilaban con el anhelo de la desconfianza á cualquiera que intentara desplegar las alas de su genio. Entonces aquella crítica de una deplorable ligereza, que carece del nervio necesario para llegar á una conclusión, que consiste en enseñar lo que que convendría hacer, inspirando en su petulancia y servilismo aborrecimiento á la franqueza, la obligaba á separarse de la dignidad, y tomando por lema de su fuerza supe-

rior una seguridad ruidosa, intentaba rebajar toda grandeza moral é infundir osadía á la plebe opulenta, á la chusma patricia y á los doctos bastardeados, proponiéndose por objeto vilipendiar á los pensadores elevados y á los que poseían entereza de carácter. Un país llega á su extrema mezquindad, cuando después de haber perdido toda especie de confianza en los suyos y en sí mismo, viendo su miseria que exasperada por la desventura raya en discordia, emplea los escombros esparcidos y raros de su libertad tan solo para infundir el desaliento; y esta mezquindad será tanto mas deplorable cuanto mayor la necesidad de gloria literaria y moral que experimente una nación, la cual no posee otro camino sino éste únicamente para transmitir á la posteridad un testimonio de que la presente generación no ha sido vil.

El patriotismo falaz no perdonaba á los que revelaran estas plagas, ni semejante perdon se nos prodigaría; pero el que quiera adquirir el derecho de imponer á sus enemigos con la voz de la verdad, no debe acobardarse en descubrirla á sí mismo.

Muerto Francisco I (1), su hijo Fernando inauguraba su reinado, con aquel acierto conveniente á un príncipe que quiere aparentar sensatez; comenzaba, pues, con correr el velo del perdón sobre todos los delitos políticos; pero el virey y su primer ministro frustraron con tanta malicia las disposiciones imperiales, que convirtieron aquella amnistía muy amplia en un acto parcial é ilusorio. Sin embargo, un edicto que indultaba á todos, pareció tan nuevo, que el emperador fué festejado con indecible entusiasmo cuando se trasladó á Milan, para ceñirse las sienes con la corona de hierro; y bien fuese entonces efecto de un lenocinio bullicioso ó el cansancio que suele producir el haber blasfemado mucho; ó finalmente, una natural bondad de afectos, es cierto que se manifestó en todos un desacostumbrado exceso de servilismo; se entonaron himnos, y algunos de los que habían sido compañeros nuestros de esperanzas y enconadas iras, se disfrazaron con el traje de guardias nobles y de chambelanes. Pro-

[1] Cuando se supo en Lombardia la muerte de S. M. Cesárea, estalló un regocijo tan general que la misma policía no pudo refrenarlo; y entre un crecido número de anécdotas, tal vez inventadas, que se propalaban para condimentar con la sal del ridículo y de un chiste satírico el odio que había manifestado siempre el muerto emperador contra los gobiernos representativos, se contaba lo que sigue: "Habiendo empeorado su dolencia, el principal médico que le asistía le dijo: Majestad, á pesar de la gravedad del mal, espero salvar su augusta persona, porque conozco que V. M. tiene una constitución fuerte." Entonces el emperador le dirigió una mirada muy significativa y le dijo: "¡Vaya doctor! . . . no hablemos de constitución, hablemos mas bien de los remedios oportunos para mi mal."

[Nota del traductor].

digáronse entonces condecoraciones y altas dignidades de corte, no faltando tampoco los remolinos de una vieja aristocracia. Los que brindaron con ejemplos de tanta adulación, por disculparse á sí mismos, hicieron de modo que no quedasen escentos de vilipendio y sospechas, aquellos que entonces conservaron puras é incontaminadas la mano y la pluma; aquellos que reconcentrando todas sus fuerzas en el interior de su propia conciencia, invocaban del Todopoderoso una suerte mas propicia para su patria, no dejando, sin embargo, de gemir en lo profundo de su corazón, porque tal vez estaban persuadidos de que Italia no la merecía. Pero los que armaban de tanto rigor persistían en este pensamiento, porque Italia no sabía oponerse al yugo con aquella firmeza que lo arrastra todo, y que aun después de verse agobiada de pesares, parece haciendo alarde de su valor; persistían en este pensamiento porque se indignaban al ver á Italia que hacía rechinar sus cadenas jugueteando con ella chistosa y alegremente, y ridiculizando á sus opresores en vez de sujetar á un riguroso examen sus acciones; persistían en este pensamiento porque los italianos no tenían mas tribuna ni mas patria que el palenque teatral: persistían en este pensamiento, porque el vivir afeminado y la opulencia con sus goces excesivos, los estraviaba de las resoluciones austeras que pueden únicamente aspirar á la libertad; persistían en este pensamiento, porque los italianos facilitaban á la policía los medios de clavar espinas y puñales en el pecho de los que anhelaban comunicarse sus propias ideas; persistían en este pensamiento, porque aquellos que estimulaban sus compatriotas á emanciparse, no sabían hacer mas que abrumarles de odio y denigración; persistían en este pensamiento, porque en vez de atesorar el tédio para descargarlo contra los verdaderos enemigos, se abalanzaban contra sus hermanos, y les denunciaban ya culpándolos de servilismo, ya escarneciéndolos como débiles, y ya infamándolos como traidores; persistían en este pensamiento, porque no se habían penetrado aún los italianos, de que es menester considerar como ultraje comun la ofensa hecha á cualquiera de sus hermanos; persistían aún en este pensamiento, porque una envidia abyecta, celos siempre renacientes, una venganza sin término é infatigable les hacían despreciar y envilecer á aquellos que por sus virtudes descollaban, y que habrían podido reconcentrar y robustecer la oposición dándole un carácter honroso, ó á lo menos, tomar á su cargo el papel de representantes del país, dando el prestigio de la dignidad á la decadencia nacional; de aquella dignidad digo, que es tan necesaria á todos é indispensable para los que pretenden regenerarse [1].

[1] Por lo demás es de considerar que el vicio no es nuevo, y que Ugo Foscolo escribía en el año de 1793, lo siguiente: "Los que han perdido el honor intentan engañar su propia conciencia y la